El doctor Proctor
y la bañera del tiempo

Esta traducción ha sido publicada con la ayuda económica de NORLA
www.norla.no

Primera edición: octubre de 2013
Título original noruego: *Doktor Proktors Tidsbadekar*

Maquetación: Adriana Martínez

Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2008 Jo Nesbø
© 2008 Per Dybvig por las ilustraciones
© 2013 Cristina Gómez Baggethun, por la traducción
© 2013 La Galera SAU por la edición en lengua castellana
Publicado con el acuerdo de Salomonsson Agency

La Galera SAU Editorial
Josep Pla 95. 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf, S.L.
Mogoda 29-31, Polig. Ind. Can Salvatella
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-21899-2013
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-4784-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

JO NESBØ

El doctor Proctor y la bañera del tiempo

Traducción del noruego de
Cristina Gómez Baggethun

Ilustraciones de Per Dybvig

laGalera50

CAPÍTULO 1

POSTAL DE PARÍS

En el gimnasio reinaba un silencio sepulcral. Ni las doce espalderas marrones, ni el viejo potro de cuero agrietado, ni las ocho cuerdas grises y viejas que colgaban inmóviles del techo emitían el menor sonido. Ni tampoco los dieciséis chicos y chicas que formaban la banda de música del colegio de Dølgen, y que en ese momento miraban fijamente al señor Madsen, el director de la banda.

—Preparados… —gritó Madsen levantando la batuta.

Los miró con los ojos entornados a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol de piloto. El señor Madsen ya se temía lo que venía a continuación y su mirada buscaba esperanzada a Tapón. Sabía que los demás chicos de la banda se burlaban del trompetista pelirrojo por lo diminuto que era, faltaría más. Pero al contrario

que ellos, el minúsculo pelirrojo tenía buen oído y quizá pudiera salvarlos. Como la mirada del director no encontró a Tapón, se fijó en la única amiga que sabía que tenía: Lise, que tocaba el clarinete. Era también la única niña de la banda que ensayaba en casa regularmente. Tal vez hubiera esperanza a pesar de todo.

—Listos…

Todos se llevaron los instrumentos a los labios y alzaron sus baquetas. El silencio fue tal que se oían los ruidos de la cálida tarde de octubre que entraban del exterior: el gorjeo de los pájaros, el zumbido de un cortacésped y las risas lejanas de unos mocosos que estaban jugando. Pero el silencio del interior oscurecía el gimnasio. Y aún más oscuro se iba a poner.

—¡Ya! —gritó el señor Madsen trazando un majestuoso arco con la batuta.

Al principio no ocurrió nada, se seguía oyendo el gorjeo, el cortacésped y las risas de los mocosos. Pero luego sonó el inestable balido de una trompeta, el leve chirrido de un clarinete y un golpe tentativo sobre el bombo. Un porrazo inesperado sobre el tambor asustó tanto a la trompa que esta se tiró un pedo y, al fondo, retumbó un gran resoplido que a Lise le sonó como a una ballena azul cogiendo aire tras una semana bajo el agua. Pero entre tanto golpe y tanto bufido aún no se había oído una sola nota, y la cara del señor Madsen estaba empezando a coger el característico tono rojo previo a un inminente ataque de ira.

—¡Tres-cuatro! —gritó agitando la batuta como si esta fuera un látigo y la banda, los remeros esclavos de una galera romana—: ¡Tocad, malditos! Se supone que esto es La Marsellesa, ¡el himno nacional de Francia! ¡Que se note!

Pero no fue así. Las caras que había ante Madsen tenían la mirada clavada en las partituras de los atriles o mantenían los ojos fuertemente cerrados, como si estuvieran apretando en el váter.

El señor Madsen se dio por vencido y dejó caer los brazos en el mismo instante en el que la tuba por fin consiguió soltar un mugido profundo y solitario.

—¡Basta, basta! —gritó el director y esperó hasta que la tuba perdiera el aliento—. Si los franceses os oyeran, primero os decapitarían y después os arrojarían a la hoguera. ¡Un poco de respeto por La Marsellesa, por favor!

Mientras Madsen seguía despotricando, Lise se apoyó en la silla que tenía al lado y susurró:

—Me he traído la postal del doctor Proctor. Hay en ella algo raro.

Una voz le respondió desde detrás de una trompeta abollada:

—A mí me parece una postal normal y corriente. «A Lise y Tapón, con cariño desde París del doctor Proctor ». ¿No dijiste que ponía algo así?

—Sí, sí, pero…

—La verdad es que es una postal anormalmente nor-

mal, Lise. Y lo único que tiene de raro es que una postal tan normal la haya escrito un tío tan poco normal, tan loco de atar como el doctor Proctor.

Fueron interrumpidos por la estrepitosa voz del señor Madsen:

—¡Tapón! ¿Estás ahí?

—¡A sus órdenes, señorrrr sargento! —sonó desde detrás de la trompeta abollada.

—¡Levántate para que podamos verte, Tapón!

—¡Al instante, señor, oh comandante de la deliciosa música y de todos las notas del universo!

Y detrás del atril, saltó sobre la silla un pequeñajo pelirrojo, con grandes pecas y una amplia sonrisa. Por cierto, no solo era pequeño, era minúsculo. Y no era solo pelirrojo, sino pelirrojísimo. Y su sonrisa no era solo amplia, era tan amplia que casi le partía en dos la cabecita. Y las pecas no solo eran grandes, eran… Bueno, sí, las pecas solo eran grandes.

—¡Tócanos La Marsellesa, Tapón! —vociferó Madsen—. ¡Tócala como hay que tocarla!

—Como mande, madre de todos los directores y rey de toda la música de banda al norte del Sahara y al este de…

—¡Déjate de tonterías y toca!

Y Tapón empezó a tocar. Una melodía suave y cálida se elevó hacia el techo del gimnasio y salió por la ventana hacia la soleada tarde de otoño; incluso los pájaros se callaron avergonzados de su propio canto al oír

aquella bella música. Al menos eso fue lo que pensó Lise mientras escuchaba a su diminuto vecino y mejor amigo tocar la vieja trompeta de su abuelo. A Lise le gustaba su clarinete, pero una trompeta era algo muy especial. Y tampoco era tan difícil de tocar… Tapón le había enseñado a tocar una pieza, el himno nacional: Sí, amamos nuestro país. No lo tocaba tan bien como él, claro, pero Lise soñaba con tocar algún día el himno nacional con la trompeta ante un gran público. ¡Imagínate! Pero la imaginación es imaginación y los sueños, sueños son.

—¡Bien, Tapón! —gritó Madsen—. ¡Y ahora vamos a entrar todos con Tapón! ¡Un-dos-tres-cuatro!

Y la banda de música del colegio de Dølgen entró. Entró dando tumbos, vuelcos y tropezones. Los tambores, los saxofones, las trompas, el carillón y los címbalos sonaron como si alguien hubiese puesto una cocina boca abajo y se estuviese cayendo todo de los armarios y los cajones. Después entraron el bombo y la tuba, y el gimnasio se puso a temblar. Las espalderas castañetearon los dientes, las cuerdas se agitaron como movidas por un viento huracanado y el

agrietado potro empezó a brincar centímetro a centímetro en dirección a la puerta de salida, como si intentara escapar.

Cuando por fin terminaron de tocar La Marsellesa, se hizo un silencio total. Tanto dentro del gimnasio como fuera de él. Ni gorjeos ni risas de niños. Solo el eco de los últimos golpes desesperados de los gemelos Truls y Trym, que resonaban sobre los tímpanos y la piel de los tambores.

—Gracias —jadeó el señor Madsen—. Creo que basta por hoy. Nos vemos el lunes.

—¡Pues la postal sí que tiene algo raro! —dijo Lise a Tapón de camino a sus casas en la calle de los Cañones.

Ya oscurecía más temprano y eso les gustaba a los dos. Sobre todo a Tapón, que opinaba que las luminosas noches del verano no eran más que un invento bastante mediocre, y que las tardes largas, cálidas y oscuras del otoño eran un invento genial: mucho jugar al escondite y algún que otro robo de manzanas. Vamos, un invento casi a la altura del doctor Proctor. En opinión de Tapón, el doctor era el mejor inventor del mundo. Era cierto que el resto del mundo opinaba que el doctor Proctor no había inventado nada de valor en absoluto, pero ¿qué sabrían ellos? ¿Quién había inventado los polvos tirapedos más potentes del mundo, por ejemplo? Aún más importante, claro, era que el doctor Proctor hacía

el mejor flan del mundo, que era el mejor amigo y vecino del mundo y que había enseñado a Tapón y Lise a no preocuparse por que los demás opinaran que eran un pobre equipo perdedor, compuesto por un renacuajo de pelo rojo, una niña asustadiza con coletas y un profesor bastante más que medio chiflado y con unas gafas de motorista de cristales tiznados.

—Lo que pasa es que nosotros sabemos algo que ellos no saben —solía decir Proctor—. Nosotros sabemos que cuando unos amigos prometen no dejar nunca de ayudarse, uno más uno más uno son mucho más que tres.

Una verdad como un templo. Pero para ser amigo, el doctor no se deshacía en escritos. Dos miserables postales era todo lo que habían recibido en los tres meses transcurridos desde que el doctor Proctor se montó en la moto, se puso el casco de hockey sobre hielo y se despidió para irse a París, firmemente decidido a volver a encontrar el gran amor de su vida, Juliette Margarina. Juliette había desaparecido en circunstancias misteriosas muchos años antes, cuando el doctor estudiaba en Francia. Lise y Tapón solo la habían visto en la foto que el doctor tenía colgada en la pared de su laboratorio, tomada cuando ella y Proctor eran novios. Parecían tan felices en la foto que a Lise se le saltaban las lágrimas cada vez que la miraba. La verdad es que fue Lise quien convenció al doctor Proctor para que volviera a París a buscarla.

—¡Sí que es rara! —insistió Lise—. Léela.

Tapón miró la postal que ella le pasó.

—Hum —murmuró. Se detuvo justo debajo de una farola y estudió detenidamente la postal mientras murmuraba más «hums», que sonaban muy meditabundos e inteligentes.

—Es de París —dijo Lise señalando la foto en blanco y negro que parecía que la hubieran sacado una mañana nublada.

En la instantánea se veía una gran plaza y, a pesar de toda la gente que paseaba con parasoles y sombreros de copa, daba la impresión de estar misteriosamente vacía. Lo único que les indicaba que realmente se tra-

taba de la famosísima capital de Francia, era que ponía «PARÍS» en la parte inferior de la foto.

—¿Ves lo mismo que yo? —murmuró Tapón pensativo.

—¿El qué?

—Que es como si faltara algo en esa plaza. Bueno, en la foto en general.

—Quizá —dijo Lise, y al pensarlo se dio cuenta de que Tapón tenía razón. Pero era incapaz de entender qué faltaba.

—Además —dijo Tapón, deslizando el dedo sobre la postal—, la foto tiene como burbujas… Se ha empapado y luego se ha secado. ¿Estabas en la ducha cuando la leíste, o qué?

—¡Claro que no! —dijo Lise—. Ya estaba así cuando llegó.

—¡Ajá! —exclamó Tapón y levantó un diminuto dedo índice con la uña roída—. Una vez más, con enorme ingenio, el cerebro maestro de Tapón le ha arrebatado al enigma su indiscutible solución. ¡La postal se ha mojado por la lluvia de París!

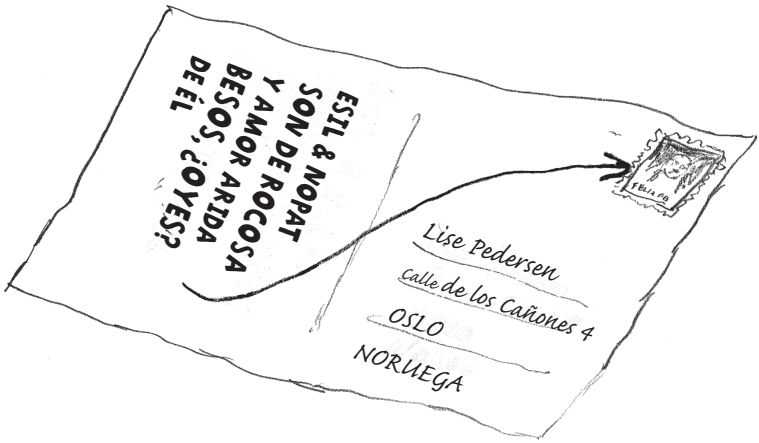
Lise puso los ojos en blanco.

—¿Cómo lo sabes?

—Elemental, mi querida Lise, porque aquí los carteros van muy tapados por el mal tiempo. Por lo demás es todo normal, léelo tú misma. —Tapón le devolvió la postal.

Pero Lise no tuvo necesidad de leerla, ya había leído

aquellas pocas líneas doce veces y se las sabía de memoria. Pero como seguramente tú no has leído la postal, puedes verla aquí:



—¿Quieres saber algo más? —preguntó Tapón muy ufano estudiando lo que quedaba de sus uñas recomidas en busca de algo nuevo en lo que hincar el diente.

—Lo raro no es cómo se ha mojado —dijo Lise—. ¡Es lo que el doctor ha escrito! ¿Quiénes son Esil y Nopat, por ejemplo?

—Quizá se haya olvidado de nuestros nombres —dijo Tapón.

—No, ha escrito «Lise Pedersen» correctamente en el lugar del destinatario —dijo Lise.

—Hum —murmuró Tapón, pero ese «hum» no sonó tan inteligente como los primeros.

—«Esil» es «Lise» leído hacia atrás —dijo Lise.

—Elemental —dijo Tapón, pero se apresuró a leer el nombre hacia atrás y, efectivamente, «Esil» se convertía en «Lise»—. Pero ¿qué es «Nopat»? —preguntó.

—¡Adivina! —suspiró Lise, poniendo los ojos en blanco.

—Hum … ¿Lise de arriba abajo?

—¡Tapón hacia atrás!

—Je, je, je —dijo Tapón, mostrando una fila en zigzag de dientes minúsculos—. Era broma. Elemental. —Pero se le habían puesto los lóbulos de las orejas un pelín colorados—. Anda, misterio solucionado, así que ya no tienes que dar más la lata.

—¡Eso no es lo raro! —gritó Lise, muy agitada ya.

—Entonces ¿qué es?

—¡El resto del texto!

Tapón extendió sus cortos brazos.

—Nos está diciendo que los parisinos son de roca, vamos, que son como una piedra, Lise. Como el rinoceronte namibio con manchas de hollín, que vive en el desierto del Kalahari. Es un cabezón que no se mueve en la temporada seca, y se pone como una roca hasta que llega algo de lluvia.

—¿Rinoceronte namibio con manchas de hollín? —Lise puso expresión de escepticismo.

—Así es —dijo Tapón—. Descrito en la página 620 del libro *Animales que preferirías que no existieran*.

Lise suspiró. Tapón hacía a menudo referencia a esa gran obra que al parecer era de la librería de su abue-

lo. Pero ni ella, ni nadie que ella conociera, había visto jamás un libro llamado *Animales que preferirías que no existieran*.

—Y lo de «arida»… ¿Qué significa eso? —preguntó Lise.

—Elemental —respondió Tapón—. Los franceses son como una piedra, y son especialmente áridos en el amor. Amor debe de ser una palabra femenina en francés.

Lise miró a Tapón con cara de mucha duda.

—¿Y esa despedida: «Besos, ¿oyes?»?

Tapón se encogió de hombros.

—Eso es porque nos quiere mucho, pero sabe que yo a veces me despisto un poco y no escucho.

—¡Estupideces y patrañas! —resopló Lise—. El doctor Proctor sabe que lo escuchamos.

—¿Lo escuchamos? —dijo Tapón rascándose su pelirroja patilla izquierda.

Lise suspiró abatida.

—¿Y qué significa «de él»?

Tapón se rio entre dientes, condescendientemente.

—Querido cerebro de chorlito, se está despidiendo. Nos manda besos de él. Es evidente. No nos va a mandar besos de este o de aquel, nos tendrá que mandar los suyos, los de él.

—¡Basta ya, Tapón! —lo riñó Lise.

Tapón la miró sin entender, pero cerró obedientemente la boca.

—Aquí hay gato encerrado —dijo Lise.

—¿Ah sí? —dijo Tapón—. ¿Cuál?

—No lo sé, pero algo hay. Mira ese sello, por ejemplo. ¿No te parece que también tiene algo raro?

—No, he de decir que un sello postal cuadrado y dentado con la imagen de un tío muy serio no me hace saltar de asombro.

—¿Pero has visto lo que pone en el sello?

—No —tuvo que admitir Tapón. Lise le pasó otra vez la postal.

—«Félix Faure» —leyó Tapón—. Supongo que es el nombre del tío. Y «1888» será el año. ¡Qué asco!

—¿Asco? —preguntó Lise.

—Sí, imagínate lamer un sello que tiene más de cien años…

—Bueno, ¿pero a ti te parece que esta postal tiene cien años?

Tapón estudió el sello más de cerca. Tuvo que admitir que Lise tenía toda la razón. El sello, aparte de haber estado empapado, daba la impresión de ser completamente nuevo; tenía los colores frescos y los dientes afilados y sin gastar.

—Puede que sea una errata —dijo, aunque no tan convencidísimo como antes.

—¿Tú crees? —preguntó Lise.

Tapón meneó la cabeza.

—Aquí hay gato encerrado —dijo.

—Todo está patas arriba —dijo Lise.

—Hace un momento dijiste que estaba todo al revés —dijo Tapón.

—¿Qué has dicho? —dijo Lise.

—Lo que acabas de decir tú.

—¿Y qué dije yo?

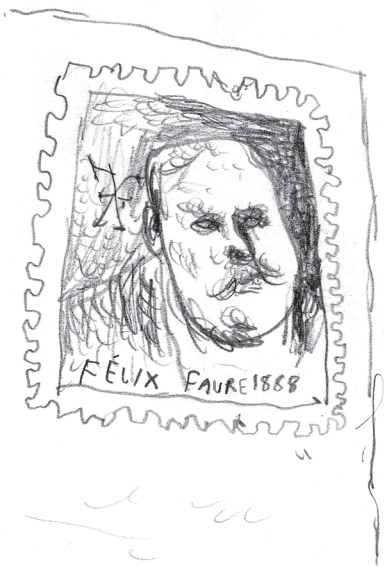
—Que todo estaba al revés —dijo Tapón.

—Exacto —dijo Lise y volvió a coger la postal—. ¡Exacto!

Volvió a leerla con detenimiento. Se quedó boquiabierta.

—¿Qué pasa? —preguntó Tapón preocupado.

—Cr… creo que Proctor está en peligro —tartamudeó Lise, de repente muy pálida—. Lee toda la postal empezando por el final.



Tapón lo hizo. Hazlo tú también. Ahora mismo, por ejemplo …

¿Ya? ¿Lo entiendes? ¿No?

Vale, Tapón tampoco.

—«Leed seyo» —leyó—. «SOS ¡Ebadir a Roma ya! Socorednos Tapón y Lise».

—Eso es justo lo que pone —gimió Lise—. Algo va muy, pero que muy, mal.

—Sí —dijo Tapón—. Ha escrito «seyo» con Y, «ebadir» con B y «socorednos» con una sola R.

—¡No me refiero a eso! —exclamó Lise—. ¿Es que no entiendes nada?

—No —admitió Tapón mientras se rascaba las patillas—. No entiendo, por ejemplo, lo que quiere decir con «Leed seyo».

Lise miró la postal con gran concentración.

—Mira la flecha —dijo—. Señala hacia el sello.

Tapón se metió el índice derecho dentro de la oreja derecha y empezó a retorcerlo a la vez que guiñaba el ojo derecho. Tapón pensaba mejor así. Era como girar la llave de contacto de un coche, como si arrancara el cerebro.

Sonó un claro «plop» cuando se sacó el dedo de la oreja.

—Ya lo tengo —dijo Tapón, mirando fascinado su propio dedo—. La postal es un mensaje secreto para nosotros, algo de lo que nadie más debe enterarse. Porque Proctor sabía que un tío listo como yo entendería que había algo raro en la manera en la que estaba escrita. —Lise puso los ojos en blanco, pero Tapón no pareció darse cuenta y prosiguió—: «Leed seyo» y una flecha hacia el sello. ¡Eso significa que el resto del mensaje está debajo del sello! Solo tenemos que arrancarlo.

—Justo eso llevo pensando yo un buen rato —dijo Lise.

Tapón le devolvió la postal con un bufido de satisfacción.

—Menos mal que me tienes a mí para descifrar esta clase de códigos secretos, ¿no te parece?